

1

Me llamo Charlie Blanc.

Aunque he nacido en Francia, actualmente en mi pasaporte aparece la bandera de Suiza, nacionalidad que adopté hace ya algunos años. Tal vez demasiados para mi gusto, pero supongo que como a mí, a todos les pasará lo mismo: que nadie está conforme con la edad que tiene. Los niños sueñan con crecer y los mayores, añoramos ser niños.

Hace 17 años fui condenado por uno de los muchos juzgados de instrucción que hay por París, a pasar treinta y cinco años en prisión, acusado del asesinato deliberado con arma blanca, de un varón de 24 años.

El jurado popular que se encargó de mi caso, me declaró culpable por unanimidad. Cegado por los celos, que me iban desgarrando las entrañas brutalmente, entré en un estado de ansiedad, que ni los ansiolíticos que diariamente formaban parte de mi tratamiento, reducían el estado de excitación cada vez que veía a Marie, mi prometida por aquel entonces, pasear por la ribera del Sena al salir de sus clases de arte, acompañada por aquel soplapollas de André.

— ¡Voy a clase con André! ¡Tengo una fiesta de arte en casa de André y llegaré tarde, no me esperes despierto cariño...!
— decía un día sí y el otro también.

André por aquí, André por allá. Mi mente era un cúmulo de ideas macabras. Por la noche, durante las escasas horas que conseguía pegar ojo, escabrosas pesadillas conseguían que me despertara sudoroso y exaltado.

Un día, casualmente, vi aparecer el ridículo animal color ceniza, con sus rizos de círculos perfectos y con la cabeza rapada y peinada de manera abominable para la vista. Incluso el rabo también estaba recortado hasta el muñón final, formando una estúpida flor de mata de pelo. Era el caniche de André, ese maldito perro al que tanto odiaba, en parte por ser su dueño quien era y en parte porque cuando venía a casa, el muy cabrón siempre se meaba en el marco de la puerta. Por su culpa había invertido un dineral en felpudos.

Era viernes y Marie pasaba ese fin de semana en Arcachon con su familia. Su padre, el Gran Cofrade de la Hermandad de la Ostra, iba a recibir un homenaje de los miembros de la cofradía, que prácticamente había presidido durante las tres últimas décadas. Debido a su delicado estado de salud, una angina de pecho o algo cardíaco, nunca lo llegué a saber, se veía obligado a dar paso a la gente joven y ceder el testigo a un sobrino. Resultado...

¡Todo se quedaba en casa!

Aprovechando que no encontraría en casa a Marie, me permití la licencia de tomar unas copillas del pacharán casero que yo mismo elaboraba. Mala mezcla resultó ser el alcohol con los medicamentos. Todo el odio y toda la rabia que durante largo tiempo habían estado residiendo en mi interior, brotaron como el chorro de una manguera a la que se le imprime su máxima potencia. Apartando de una patada al patético

perro, me acerqué con la firme decisión de apuñalar a André. La navaja que utilizaba para pelar las endrinas y sacar el grano para su posterior destilación, iba a ser el arma homicida. Agarré fuertemente la navaja y atacé por sorpresa a la víctima. André, que ajeno a mis intenciones tarareaba la canción que en ese instante sonaba en su walkman, soltó la correa del perro e intentó defenderse cuando sintió que el primer navajazo perforaba su piel. Sus esfuerzos fueron inútiles. La sangre manaba a borbotones de su cuello, de su pecho, de su vientre, de sus genitales, de todo su cuerpo...

Había convertido el jardín en una carnicería. Las moribundas petunias que durante el verano vistieron de alegres colores el Parque des Oiseaux, se cubrieron de rojo. Con los ojos cerrados y apretando los dientes como un maniaco, no cesé de aserrarle puñaladas hasta que el brazo derecho se me acalabró.

Me encontraba en un estado de algarabía, emocionado por dar fin a mi torturador. Incluso recuerdo que pensé en seccionarle el pene para que se lo comiera su caniche. Pensé en orinarle encima y que sintiera el fuerte olor que produce el ingerir tanto medicamento.

Adiós a los celos, a las pesadillas, a las náuseas, a la imaginación. Adiós a André para siempre. Me había curado. Me sentía un hombre nuevo. Necesitaba gritar a los cuatro vientos mi gozo. Deseaba llorar de alegría. Enseguida adiviné lo que mi organismo enajenado me quería decir. Que había acabado con el culpable de mi perturbación... y por lo tanto volvía a ser libre.

Bajo el cielo raso de aquella fría noche de enero, por fin me liberaba de los malditos celos que sin piedad me habían perturbado.

A la mañana siguiente, me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Tenía la boca seca, los labios cortados en diminutos

surcos, y mis manos estaban cubiertas de sangre pegajosa. Me incorporé súbitamente, y alarmado comprobé que toda la cama estaba ensangrentada. Me miré en el espejo de la habitación y mi vestimenta no tenía nada que envidiar a la de un carnicero después de acabar su jornada. Desconocía los motivos, pero la noche anterior ni siquiera me había tomado la molestia de desnudarme antes de acostarme. Me había tendido en la cama con la ropa de la calle y vestido de esa guisa, me había despertado.

Registré el estado de mi cuerpo y no encontré nada preocupante, pero entonces ¿de dónde demonios salía toda aquella sangre?

No entendía nada.

Pensé que el sonar del timbre de la puerta a tan temprana hora, podría empezar a aclararme algo sobre lo que estaba ocurriendo.

¡Vaya si se me aclaró la situación!

Un sargento de la gendarmería del distrito de Pigalle, acompañado por dos gendarmes, ambos de uniforme, amablemente, me invitó a acompañarle a la comisaría.

Nunca más volví a poner un pie en aquel apartamento.

Estaba detenido y no sabía por qué. Protesté airadamente para que me soltaran y me concediesen hablar con un abogado.

Lo segundo causó efecto, lo primero no.

El abogado, un tipo orondo, de metro cincuenta y 90 kilos, coronilla franciscana y traje negro, camisa blanca y corbata negra, y aliento a puro barato, me recordó más a un enterrador que a un abogado.

Su tono de voz era ronco, tal vez castigado por el alcohol y el tabaco. Parco en palabras, como muchos de los abogados de oficio asignados por la fiscalía, se presentó y me puso al corriente de la situación. Por su comportamiento y trato distante, intuí que me encontraba en un verdadero aprieto.

En el estado que había caído la noche de autos, víctima de la rabia y del odio que me provocaban los celos, dejé la navaja clavada en el cuerpo sin vida de André con todas mis huellas. Un vecino que también paseaba a su perro, fue testigo visual de la masacre. Mi casa estaba llena de sangre y mi ropa impregnada del mismo viscoso elemento.

Además, las pruebas de ADN eran contundentes. La sangre encontrada en mi domicilio pertenecía a André.

Carecía de coartada y no tenía ni la más absurda mentira que contar.

Podría haber alegado en mi defensa, encontrarme bajo los efectos del alcohol y de las drogas y que en un estado de enajenación mental pasajera, no era consciente de mis actos.

En el fondo me daba exactamente lo mismo.

Marie no me hubiese perdonado jamás. Me habrían expulsado del equipo de rugby y despedido del trabajo.

Y todo ello sin contar con que me hubiesen internado en un centro psiquiátrico.

¡Bah! Había cometido un grave error y debía pagar por ello. Tenía que ser valiente y asumir mi culpa y no acobardarme y escurrir el bulto.

Iba a ser un renegado, repudiado por mi novia. Sin empleo, mal visto por la sociedad e incomprendido por mis padres y hermana.

Yo me lo había buscado..., yo debía pagar por ello.

El veredicto del Jurado era evidente. Teniendo en cuenta las pruebas que había requisado la policía para que las presentaran la fiscalía y el abogado de la familia de André, no me sorprendió que el resultado de la sentencia fuera...

Culpable.

Me encerraron en una celda con una plancha de acero haciendo las funciones de cama, y un diminuto pozo ciego en el suelo para que hiciera mis necesidades. Interminables horas